

Rumanía y el elemento ruso.
Influencias previas y posteriores a la Segunda Guerra Mundial

Tirpea Veronica
Estudiante de 1^{er} curso
en el Máster Europeo de Interpretación de Conferencia,
Facultad de Letras, Universidad “Babeş-Bolyai”, Cluj-Napoca, Rumanía

Introducción

El día 1 de enero de 2007 es una fecha que siempre será recordada en la historia rumana como una fecha clave para la nueva dirección del país en el siglo XXI. Ello no solamente porque marca la entrada de Rumanía en la Unión Europea, sino porque conlleva muchas expectativas acerca de cambios inminentes. Hoy día, la palabra “nosotros” puede aludir tanto a nuestra identidad como rumanos, como también a nuestra identidad compartida, de europeos. Desde este punto de vista, hay varias preguntas que emergen en lo que concierne a la alteridad. ¿Quiénes representan para nosotros los demás? ¿Cómo percibimos al “otro”? y ¿De qué forma ha evolucionado esta percepción de la alteridad?

Este ensayo se propone analizar estas preguntas, enfocándose en la influencia del elemento ruso en la sociedad rumana antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Rusia como ilustración del “otro” ha sido elegida por su relevancia en la historia rumana y por ser actualmente un enigmático estado potente al límite oriental de la Unión Europea, cuyas entrañas apenas se intuyen. Es un ejemplo relevante para definir la “alteridad”, ya que se constituye en un universo complejo y ajeno que tanto ha fascinado los “laicos” europeos.

Identidad nacional y “el otro”

La cuestión del “otro” es un asunto que interesa a cualquier comunidad humana, en tal medida que el “otro” se convierte en una estructura de arquetipo (Lucian Boia: 2002: 238). La sociedad rumana no hace excepción de esta tendencia, pero a ello se añaden dos rasgos específicos que ponen a lo extranjero en un pedestal distinto. Por un lado, la percepción del otro es atribuida a una sociedad principalmente rural y en cierta manera aislada hasta medio siglo atrás, y por el otro lado, al impacto masivo y continuo de las ocupaciones y modelos extranjeros (Boia: 2002: 238). Se ha hablado mucho de dos rasgos del rumano cuando se trata de su relación con un extranjero. En primer lugar se ha invocado la hospitalidad y en segundo lugar se ha alabado la tolerancia de este pueblo. Boia (2002: 239) subraya que estas características no son típicas de un cierto pueblo, en este caso el pueblo rumano, sino que proceden de la percepción campestre del fenómeno, para la cual la llegada de los “otros” representa un importe de elementos de

civilización. Lo cierto es que en cualquier civilización tradicional, el extranjero va a ser percibido con mayor intensidad, justamente porque es distinto, especial, mientras que una sociedad más liberal y urbana va a mostrar menos interés frente a lo ajeno. De ahí que el occidental parezca menos hospitalario que un rumano, pues su noción del “otro” fue desdramatizada (Boia: 2002: 241). Hoy día, en la medida en que el rumano se va europeizando paulatinamente, será menos hospitalario, pero simultáneamente menos asustado frente a lo extranjero (ídem).

Asimismo, no podemos entender plenamente a los demás si no nos entendemos a nosotros mismos, por lo cual la alteridad tiene que ser relacionada con la identidad propia. Durante la proliferación de la idea del estado-nación en Europa en el siglo XIX, los rumanos se preguntaron quiénes son y se dieron cuenta de que se definen por un origen común (romano, daco o dacoromano), por la misma lengua, por la historia compartida y por la espiritualidad específica (Boia: 2002: 62). Esta “revelación” de los orígenes latinos llevó a una verdadera obsesión por la latinidad. Los intelectuales de la época se agarraron con todas sus fuerzas y argumentos del asunto de las raíces latinas del pueblo rumano. Ellos vieron como necesario y, al mismo tiempo, natural, el acercamiento al Occidente y la adopción de los modelos inherentes al Oeste. Sin embargo, la sociedad rumana antes del siglo XIX era una sociedad integrada en el espacio oriental y su cultura era regida por la idea ortodoxa, no por la idea nacional (Boia: 2002: 66). Siempre que los valores generales compartidos eran los ortodoxos, los rumanos se sentían confortables en el espacio de la Europa del este. En el momento en el cual el sentimiento de la identidad nacional prevaleció, las cosas cambiaron de una manera radical y los rumanos se vieron como una isla latina en un mar eslavo. Esto se tradujo como una oposición fuerte del nacionalismo rumano a los nacionalismos de los pueblos eslavos y al paneslavismo (ídem).

La ruptura de los “otros”

Como hemos mencionado anteriormente, “otros” que sirvieron de modelos hasta muy tarde, hasta el siglo XIX, fueron pueblos no-latinos como los turcos y los griegos (que se asentaron en la parte sur del territorio rumano) y los rusos. Este centenario fue el que trajo la idea nacional, y con ella la ruptura con el este, decidida por la élite rumana, obstinadamente pegada a la latinidad

(Boia: 2002: 247). En el caso de los rusos, estos se habían beneficiado de una percepción positiva, en calidad de protectores de la cristiandad del Europa del Sureste y liberadores (Boia: 2002: 247). Las cosas iban a cambiar hacia los mediados del siglo XIX, cuando los líderes políticos rumanos veían en la misión de su estado la protección de Europa frente a Rusia, el poder asiático (Kolarz: 2003: 140). De hecho, esta disensión a nivel europeo se concretizó en la unión de dos de las tres provincias rumanas (Valaquia y Moldavia) en 1859/ 1862 en contra de la voluntad de Rusia. Por lo tanto, el estado nuevo creado fue un producto de los antagonismos entre Rusia y las otras grandes potencias de la época (Kolarz: 140). Asimismo, la voz occidental que veía en Rumanía “una barrera útil en la lucha en contra del paneslavismo” fue incorporada a la voz local y los vínculos que habían unido a los rumanos con los rusos pasaron al olvido (ídem).

Rusia como protectora

Antes del siglo XIX las relaciones rumanas-rusas llevaban muchos aspectos positivos (Kolarz: 140). Los más notables fueron las acciones de Rusia en contra de la ocupación extranjera en los territorios rumanos. En este sentido, cabe mencionar la primera intervención rusa en el espacio rumano durante el reino del zar Pedro I, que fue recibida con entusiasmo. Los príncipes de Moldavia y Valaquia de aquel tiempo, Dimitrie Cantemir y Constantin Brâncoveanu, dirigían los dos principados rumanos en nombre del sultán turco y firmaron un acuerdo con el zar para tratar de liberarse de la ocupación otomana. Con la proclamación de la victoria otomana, Cantemir y otros políticos no tuvieron más remedio que refugiarse en Rusia, donde se integraron plenamente. En las tierras rusas el moldavo, gran erudito europeo, escribió una historia coherente de los rumanos, una historia que giraba en torno del origen latino de su gente. Asimismo, para la cultura y la política rusas, Cantemir desempeñó un papel muy importante, pues contribuyó a la fundación de la Academia de San Petersburgo e influyó en las direcciones de la política externa rusa mediante sus escritos. Si miramos más allá, su hijo Antioh creció como ruso y se remarcó mediante sus célebres sátiras y traducciones del francés. Su carrera diplomática le llevo el cargo de embajador del Imperio en Francia (Kolarz: 141).

Las “alas protectoras” de Rusia envolvieron los principados rumanos durante el reinado de Catalina II de Rusia, cuando el Tratado de Kuchuk-Kainargi (1774) estipuló la disminución del mando otomano en este espacio. Los tratados siguientes que se firmaron entre los rusos y los otomanos aumentaron la influencia de Rusia en el Danubio, lo que les concedió a los principados rumanos más libertad de acción. Sin embargo, el período cuando la influencia rusa marcó radicalmente los principados y la sociedad rumana fue cuando el Tratado de Adrianópolis de 1829 consagró el protectorado ruso y la ocupación militar rusa de Moldavia y Valaquia. La tutela y dirigencia rusa trajeron los elementos definitorios de la modernización de los principados (Kolarz: 141). A este tenor, hubo un acercamiento al Occidente, mediante el contacto de los rumanos con una aristocracia eslava que hablaba francés (Boia: 2002: 247). De este modo, el primer periódico publicado en Moldavia fue en francés y perteneció a oficiales rusos. Como se puede notar, esta tendencia rusófila trajo beneficios notables en el espacio rumano. Por tanto, ¿cómo se explica el cambio de posición acerca de los rusos?

Rusia como amenaza a la identidad nacional

Como recalcamos antes, a mediados del siglo XIX, el sentimiento de la identidad nacional se relacionaba unilateralmente con el elemento latino. Por consiguiente, todo lo demás era visto como un obstáculo frente al progreso entendido como alineamiento con lo occidental (Boia: 2002: 248). Para los revolucionarios rumanos de 1848, Rusia era más peligrosa que los turcos, pues se trataba de un imperio en expansión que amenazaba englobar el espacio rumano. Además, ya no era necesario tener a los rusos cerca para hablar francés.

En la segunda mitad del siglo XIX y los principios del siglo XX, la actitud rumana frente a Rusia se caracterizó por hostil (Kolarz: 2003: 142). Los que colaboraban con los rusos eran vistos mal, como es el ejemplo del primer príncipe de Rumanía, acusado por haber colaborado con agentes rusos, como si hubiera querido entregar el nuevo estado en manos de San Petersburgo. Incluso el político liberal más influyente de Rumanía, Ion Brătianu, se afirmó por una posición que iba en contra de los rusos y que buscaba el acercamiento a Austria o Alemania. De hecho, los liberales se mantuvieron firmes en la oposición al paneslavismo hasta la Primera Guerra Mundial, cuando fue la afirmación de las ideologías de extrema derecha la que diseminó la política anti-

bolchevique (ídem). Otra razón para una cierta antipatía hacia los rusos fue la provincia de Besarabia, la parte oriental de Moldavia que Rusia anexó en 1812, pues tanto los rumanos como los rusos reclamaban soberanía sobre esta provincia (Kolarz: 143).

El contexto histórico impuso varias veces la colaboración con Rusia, pero esta llevó a frustraciones y a consecuencias inesperadas (Boia: 2002: 248). Todo esto llevó al abandono del modelo ruso previo, aunque desde el punto de vista estructural, la sociedad rumana, principalmente rural y con grandes diferencias entre los aristócratas ricos y los campesinos pobres era más cerca del modelo ruso, que del modelo occidental (ídem).

No obstante, podemos identificar líneas positivas en la relación rumana-rusa de esta época en la influencia de la literatura rusa en la literatura rumana. Es cierto que la modernización de la literatura rumana se realizó a base de la literatura francesa, pero las traducciones del ruso de autores como Tugheniev, Cejov y Tolstoi abrieron horizontes y crearon verdaderas corrientes literarias adaptadas al contexto local (Uricaru: 2010). Motivos rusos se encuentran en la literatura de uno de los más importantes escritores rumanos del siglo XIX, Ion Creangă (ídem).

La reinstauración del modelo ruso. La soviétización.

La separación ideológica de Rusia parecía definitiva. Sin embargo, la historia trajo sorpresas grandes, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el modelo ruso se imprimió en Rumanía bajo la forma del comunismo. Por tanto, ya no hablamos de Rusia, sino que de la Unión Soviética. Según Uricaru (2010), la influencia rusa de este período es espectacular, tomada no en su aspecto soviético, sino que hablando de cultura en su forma pura. Lo cierto es que este enorme importe de elementos culturales rusos formaba parte del plan de redefinición de los valores nacionales tradicionales y el fin era la creación de un *homo sovieticus* (Georgescu: 1992: 262). Si antes se cultivaba el patriotismo y el apego hacia las tradiciones rumanas, el nuevo orden era el amor hacia el marxismo y hacia la Unión Soviética.

Lo que sorprende es el radicalismo de la imitación del nuevo modelo impuesto, pues este fue adoptado con más fidelidad que en otros estados-satélites soviéticos (Boia: 2002: 257). Un ejemplo relevante en este sentido es el hecho de que la constitución soviética fue copiada al pie

de la letra. Tal como sucedió en la Unión Soviética, el pluripartidismo fue eliminado completamente, la represión utilizó métodos similares con las de los campos de concentración soviéticos, la subordinación de la Iglesia y la propaganda atea llegaron a niveles cercanos a los de la URSS, la colectivización de las tierras agrícolas fue casi total y la industria pesada se consolidó tras el puro modelo soviético. A todo esto se puede añadir la prevalencia del proletariado y la reorientación del intelectual hacia la producción. Por consiguiente, no solo se adoptó en detalle el modelo soviético, sino que también fue superado en ciertos aspectos (Boia: 2002: 257).

El partido comunista rumano puso en marcha muy temprano una intensa campaña de rusificación, concretizada en varias medidas. En este sentido, se fundó el editorial y la librería “Cartea Rusa” (“El libro ruso”) en 1946, el Instituto de Estudios Rumano-Soviéticos (1947), el Museo Rumano-Ruso (1948), el Instituto de la lengua rusa “Maxim Gorki” (1948). El papel de estas instituciones era la diseminación en el país rumano ocupado de las realizaciones de la cultura y ciencia soviéticas, las más “avanzadas” del mundo (Georgescu: 263). El Museo debía probar la antigüedad y el carácter amistoso de las relaciones entre los rumanos y los rusos y el objetivo del instituto era preparar a los miles de profesores para enseñar ruso en todos los centros de enseñanza. Desde el año 1948 el ruso se volvió obligatorio, y cada joven debía aprenderlo durante 10 años. Toda la historia rumana fue reescrita para enfatizar el papel de los eslavos y la gran ayuda que los rumanos habían recibido del “gran hermano liberador” a lo largo de los siglos, en detrimento del elemento romano o latín. El punto culminante de esta campaña de rusificación lo constituyó la introducción de una nueva ortografía eslavizada (1953), que eliminaba elementos latinos de la lengua. El patriotismo socialista cambió incluso el himno de Rumanía, alabando al pueblo soviético y al leninismo (Georgescu: 264).

El alejamiento de la Rusia soviética

Con la muerte de Stalin en 1953, empezaron las primeras disensiones entre Rumanía y la Unión Soviética. Durante la visita de Jrushchov en Rumanía en el mismo año, se habló por primera vez de una forma rumana de construir el socialismo, es decir, su adaptación al contexto local (Georgescu: 266). Otro momento importante en cuanto las relaciones entre los dos países

comunistas lo constituye la retirada de las tropas soviéticas de Rumanía en 1958. En la década de los sesenta, la posición frente a Kremlin cambió radicalmente, pues en 1964 el dictador rumano rechazó el plan económico propuesto por Rusia. Poco tiempo después, los institutos rusos se cerraron, los nombres rusos de calles, instituciones y cines cambiaron repentinamente y en las reuniones de partido, se formulaban acusaciones duras en contra de Moscú (Georgescu: 268).

Esta relativa autonomía de la Rumanía comunista se mantuvo también durante la primera fase del segundo dictador rumano, Nicolae Ceaușescu. La nueva orientación supuso la vuelta a las palabras latinas, la adopción de una nueva constitución (1965) y en la cultura, la desvalorización de la importancia del marxismo en la educación, la eliminación casi total de la lengua rusa de las escuelas, un nuevo impulso a la historiografía y menos influencia del realismo social en la literatura (Georgescu: 276).

Uno se puede preguntar ¿por qué toleraban los soviéticos esta autonomía, junto con un cierto acercamiento al Occidente? Las respuestas se encuentran en el hecho de que las acciones rumanas no afectaban esencialmente a Moscú y en las pocas reformas que se hacían en Rumania, en contraste con otros países del bloque soviético (Georgescu: 280). No obstante, hubo algunos acercamientos entre los rusos y los rumanos, especialmente en cuanto el espionaje.

Neo-estalinismo en Rumania

A pesar de esta ola de autonomía que parecía dar a Rumanía más crédito en la comunidad internacional demócrata, las décadas de los '70 y '80 bajo Ceaușescu vieron la recuperación del neo-estalinismo. En los primeros años, las disensiones rumanas-rusas continuaron, pues la URSS necesitaba que Rumanía estuviera militarmente integrada en el Tratado de Varsovia, algo que los dirigentes rumanos no aceptaron. A pesar de ello, una vez decidido el cambio del dictador de Kremlin, Brezhnev, el modelo del presidente Ceaușescu iba asemejándose más con el modelo ruso. Para los comunistas rumanos, el Occidente era ahora más peligroso que Rusia, ya que era muy atractivo y tenía el poder de disolver la propaganda (Georgescu: 301).

Cuando la economía cayó en la década de los ochenta, la Unión Soviética se convirtió en el socio más importante de Rumanía. En este contexto, los cambios comerciales con Rusia se aumentaron

y la mayoría de los productos de exportación rumanos llegaban al mercado de la URSS (acero, maquinas agrícolas, aviones, armas), mientras que al mercado rumano llegaban materias primas del gran poder soviético (Georgescu: 302-305). Asimismo, un plan rumano-soviético de desarrollo de la colaboración económica fue propuesto entre Ceaușescu y Gorbachov en 1986. Bucarest aceptó una cooperación en la política económica, la ciencia, la técnica, las inversiones de capital, la especialización de la industria y una colaboración directa entre empresas. Lo que había parecido imposible dos décadas antes, se volvió realidad durante la crisis económica (Georgescu: 313).

De este modo, el acercamiento de Rumanía a la Unión Soviética es el tono dominante de los años '80. Como hemos visto, la economía fue rediseñada para poder ser integrada en la economía soviética. Lo positivo de este acercamiento es la salvación de la industria pesada rumana, que no habría podido sobrevivir sin la ayuda de los rusos. En lo político, aunque hubo disensiones ideológicas entre los países y otras surgidas por meras vanidades de presidentes, Ceaușescu se alineó a la posición soviética en mayores puntos. Esto llevo a Rumanía al aislamiento, que, paradójicamente, chocaba con la política más relajada de los soviéticos, concretizada en el glasnost y la perestroika (Georgescu: 314).

Por lo tanto, se puede afirmar que al final de la época de Ceaușescu y el comunismo, Rumanía era más cerca del modelo estalinista que la misma Unión Soviética (Boia: 2002: 260). La influencia soviética fue más poderosa que la influencia francesa u occidental. Su acción metamórfica entró en espacios más profundos del pueblo rumano, cambiando de una forma radical las estructuras sociales, el paisaje del país y la vida cotidiana. La explicación se puede encontrar en la masividad de la presión brutal, frente a la acción más sutil del Occidente. El modelo soviético fue más bien un modelo tolerado, pero no hay que olvidar que sin una cierta adherencia de la mayoría de los ciudadanos, un semejante régimen no habría tenido el poder mas de 40 años. Esto se nota también en la dificultad con la cual unos rumanos aún no pueden dejar la nostalgia de las estructuras y la mentalidad de aquel entonces. El estado providencial, la uniformidad social (aunque solo en apariencia) y un puesto de trabajo seguro son elementos de una mitología en que muchos siguen creyendo (Boia: 2002: 260). Por consiguiente, parece que el modelo ruso en su forma maligna sobrevivió a más de 20 años de acercamiento al Occidente y, últimamente, a la integración en la Europa Occidental.

Conclusiones

Como hemos visto, Rumanía y Rusia tienen mucho que compartir históricamente y sería un error descartar la relevancia del gran país para el desarrollo de Rumanía, tanto en el sentido positivo como en el negativo. La esperanza que albergamos hoy en día es que el mundo en que vivimos mire hacia el futuro y no hacia el pasado, al menos que quiera aprender de los errores cometidos. En este futuro de la globalización, los pueblos pueden convivir si admiten que los valores se comparten, no se imponen, son aceptadas y asimiladas naturalmente. La influencia no puede llevar a la asimilación del influido, sino que a la afirmación reforzada de su identidad, mediante los valores de aquella influencia. Podemos ilustrar esta afirmación con la influencia del elemento ruso en el espacio rumano, con todo lo que esta implica.

Bibliografia:

- Boia, Lucian (2002). „Istorie și mit în conștiința românească”, ed. Humanitas: București, p. 386
- Boia, Lucian (2005). „Mitologia științifică a comunismului”, ed. Humanitas: București, p.207
- Cioroianu, Adrian (2009). „Geopolitica Matrioșkăi. Rusia postsovietică în noua ordine mondială”. Vol I, Ed. Curtea Veche: București, p. 392.
- Georgescu, Vlad (1992). „Istoria românilor. De la origini până în zilele noastre”, ed. Humanitas: București, p. 365.
- Kolarz, Walter (2003). „Mituri și realități în Europa de Est”, ed. Polirom: București, p.224.
- Uricaru, Eugen (2010). „Amprenta influenței ruse” en *Balcanii și Europa*, No 108, 15 oct, 2010, en-línea <http://www.balcanii.ro/2010/10/amprenta-influentei-ruse/>, último acceso: 10 mar, 2010.